

¿En tu
casa o en
la mía?
Hunting
hugs

Relatos

Lei Heitzler



¿En tu casa o en la mía? Hunting hugs

Lei Heitzler

Ediciones Frenéticxs Danzantes
Colección Los manjares de Afrodítx
@edicionesfreneticxs

Hecho a mano en taller propio
Primera edición
Julio de 2023

Esto que estás por leer fue seleccionado a partir de convocatoria abierta y descubierto como un manjar. Así que si lo tenés en tus manos, entregate y disfrutá del banquete.

Este libro cuenta con licencia Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada
CC BY-NC-ND



¿En tu
casa o en
la mía?
Hunting
hugs

Relatos

Lei Heitzler



Prólogo

A veces pienso que debería escribir relatos fantásticos o enmarcados en otros mundos. Luego recuerdo que es la primera vez que leo (escribiéndolo) un relato erótico sobre una mujer y un varón trans, por ejemplo. Y esto incluye en gran medida a la televisión y al cine.

Por allá hace muchos años (más de una década), recuerdo haber visto algo de eso en la icónica película *Boys don't cry* que nos muestra una historia de amor entre personajes de estas características pero en la trama tiene más peso la tragedia y la denuncia, por la discriminación y finalmente la transfobia que deriva en un abuso sexual en manada. Es una de esas tragedias que, hoy por hoy, ya agotan nuestra realidad repleta de noticias de crímenes de odio por género pero en su momento fue importante para hacerlo visible. También nos mostró algo sobre la transición, el miedo, la impunidad, la vulnerabilidad, la ignorancia y la soledad.

Siguiendo con esta línea podría mencionar pequeñas secuencias en películas de Almodóvar, donde hubo un encuentro apasionado entre una drag queen y una mujer en *Tacones lejanos*, otro film donde se ve una relación unilateral entre una mujer y una travesti, relación que dio fruto al nacimiento de un niño que es el protagonista de *Todo sobre mi madre*. También podría mencionar *El lugar sin límites*, cuando nos cuenta cómo fue concebida La Japonesita.

Afortunadamente en la actualidad encontramos algunas representaciones nuevas de cine independiente o de autor como la película de Xavier Dolan, *Lawrence anyways*, la película alemana *Romeos* (2011), por nombrar

algunos ejemplos que incluyan romance y cierto erotismo, o de alcance más masivo podría nombrar la telenovela argentina *100 días para enamorarse* (personaje secundario es un adolescente trans), *Euphoria* (romance lésbico y trans), *The L world*, entre otras tal vez menos conocidas o breves, como en *El fin del amor* (Tamara explorando su sexualidad), entre otros.

Creo que actualmente, sin dejar de lado la lucha social y política, buscamos algo que leer donde haya ternura, romance, placer y erotismo, representación de estos aspectos de la vida también sin finales trágicos por defecto. Porque somos cuerpos sexuados, somos cuerpos sintientes y merecemos también salir un poco del dolor que ya experimentamos en el día a día.

Esta serie de relatos que les presento es simple, es un gesto de este pensamiento, de estos sentires. De este *vacío* que al menos yo, sentí durante toda mi vida (hoy estoy lejos de esa mujer con la que empecé explorando mi sexualidad y habito una identidad no binaria o de género fluido, y además soy pansexual) en lo que respecta a la literatura y al erotismo, incluso en la pornografía (es difícil encontrar porno de hombres trans como protagonistas que no sea gay o de mujeres trans dirigido al consumo masculino hetero cis).

Otra cosa que quise reflejar fue el crisol de emociones que surgen en el encuentro sexual: desde el frenesí, la satisfacción, la ternura, la ansiedad, el miedo, a veces la disforia presente, pero también la empatía, el cuidado y el empoderamiento. Además como una forma de enfrentarme a la idea de que a veces mostrar nuestros deseos más profundos nos hacen sentir vulnerables y que esto se puede transformar.

I. Bottom viking

Físicamente me gustó mucho, era del tipo de hombre que parece un vikingo. Uno en miniatura. Rubio, ojos verdes, barba pelirroja, rasgos delicados pero masculinos, de contextura mediana, curvy como (me gustan los ositos). Aunque un vikingo disfrazado de intelectual: estilo de ropa un poco anticuado y sobrio, como cualquier futuro profesor de Historia. Tenía una mirada muy particular, como desafiante, suavizada por los grandes lentes que usaba. Sin ellos pensabas que te penetraba hasta el fondo de tu alma. Aclaraba en su perfil que era un varón trans. Además llevaba en su nombre al mismísimo Alejandro Magno, un nombre poderoso.

Al principio, y considerando que fuimos hijos del siglo, yo tomé el papel que creía que me *correspondía* (es decir, como era una mujer debía ser pasiva, rol que no me gustaba pero que resignaba cuando se trataba de salir con hombres), y él también, como varón, el de ser activo. Pero en el fondo nada de esto era así: él quería a alguien *dentro suyo*, y por fortuna yo quería lo mismo pero al revés. El primer panorama cambió justo antes de nuestra primera cita.

Sexteamos de esta forma: yo lo tomaba en un rol dominante y activo, y él en un rol sumiso y pasivo.

Sonaba como la mejor coincidencia. La química y la fantasía sólo provocaron una inquietud que se alojaba en nuestras entrañas y que urgía aliviar, una ansiedad galopante y feroz que se apoderó de los dos, y paralizó por completo nuestras vidas. La idea de estar arriba de él y *cogerlo*, me hacía delirar. Me provocaba con su rol de "*putita*", como le gustaba que le llamaran cuando se ponía todo sumiso, y yo no tenía inconvenientes en dejarme llevar por mis impulsos.

Cara a cara pasó algo fuera de lo planeado: hablamos durante horas de temas totalmente fuera de la dinámica sexual. Hablábamos de cualquier cosa, y mirarnos a los ojos era encantador. Me perdía en su sonrisa, en sus mejillas sonrojadas y en los rizos de su barba. Me divertía pensar que esa apariencia ruda, su porte de vikingo era por completo una fachada.

En medio de una de las tantas conversaciones dijo, de golpe y sin preámbulos: "*me encantás*". Sonó como un hechizo que hizo que mi deseo se encendiera de nuevo, pero aún así no dije nada. ¿Tenía miedo tal vez de dar rienda suelta a la pasión contenida? Pareció aceptarlo.

Caminamos y hablamos con apenas algunos roces de nuestros cuerpos que erizaban cada uno de mis poros, y no entendía por qué estaba dilatando tanto el encuentro de nuestras pieles. Hasta que pasó, de la misma manera que esa confesión, de súbito y sin previo aviso: me detuvo y me besó. Suave, torpe, gentil, caliente. Sentí su respiración agitada, y cedí paso al desenfreno. Nos besamos con furia. Yo era todo lo contrario a él: brutal, agresiva, desesperada.

Mi mente quedó en blanco cuando me dijo que "*no daba más de la calentura*" en un hilo de voz, entrecortado, casi gimiendo en mi boca. Le propuse ir a un telo aunque yo estaba igual y no podía pensar con claridad. Solo sabía que quería explorar cada rincón de la persona que me sostenía la mano con suma delicadeza, cómo a un tesoro. Este contraste entre su imagen y su forma de actuar me resultaba fascinante.

Finalmente en la habitación lo *ataqué*, me lo comí a besos mientras entrelazábamos nuestras piernas. Lo agarraba fuertemente de las nalgas, atrayéndolo y apretándolo contra mi cuerpo, rozando nuestras vulvas sobre la ropa. Me dijo con una voz muy bajita, aguda y entrecortada que estaba mojado, y que estaba totalmente *entregado* para que le hiciera lo que yo quisiera. No podía concebir lo obsceno que me resultaba que hablara así.

Me palpitaba todo el cuerpo de sólo pensar que, en breve, iba a sumergirme en el suyo.

Cuando le desabroché la camisa quedé absorta por un pequeño detalle: tenía puesta una venda en el pecho. Me aseguró pacientemente que no le dolía, pero que no se la tocara y que podía seguir. Entonces le quité el resto de la ropa y mientras le acariciaba el cuerpo sentía cómo se estremecía, lo que hizo que me animara a dirigir mis manos hacia su ingle. Hacia su vulva.

Era la primera vez que tocaba un clítoris tan *grande*, el cual estaba muy duro y caliente. Después de presionarlo y masajearlo, cosa que produjo unos cuantos gemidos de placer en mi compañero, bajé y me acomodé entre sus piernas. Me lo devoré y su sabor me quedó grabado

para siempre. Le gustaba que jugara con mi lengua en la parte superior de su clítoris y también que me lo metiera por completo en la boca, haciendo succión.

El sabor de su éxtasis no tardó en llegar y fue inolvidable, pero más aún su rostro: me miraba con ojos vidriosos y estaba rubicundo, un cuadro adorable y ardiente.

Nos fundimos en un abrazo tembloroso y compartimos el sabor de su orgasmo. Le pregunté si quería que lo *penetrara* y me dijo que sí. Mi cuerpo vibraba de pies a cabeza y ya no daba más de la excitación. Me puse el arnés con dildo y me abrazaba mientras me lo cogía, una y otra vez.

No puedo describir lo delicioso que era tenerlo en mi hombro gimiendo de placer. Con el roce acabé mientras lo hacía, empapando las sábanas, no una sino varias veces. Hasta le pedí que me cabalgara la pija, tomándolo por las caderas y me deleitaba sentir cómo se movía contra mí.

Definitivamente ambos compartíamos el mismo nivel de *energía sexual* ya que perdí la cuenta de los orgasmos, y lo inagotable de nuestras fuerzas. Pero lo mejor fue cuando empezamos a rozar nuestras vulvas, ahí experimenté *el mayor placer sexual de mi vida*. Encajábamos perfectamente y su clítoris tan grande a veces llegaba a rozar el mío.

Encima de mí, me hacía sentir sometida con sus movimientos y me miraba de forma desafiante, lo que provocaba que lo hiciera cambiar de posición, para pasar a dominar yo el vaivén con el que nos frotábamos. Me gustaba ese juego, esa lucha de poderes. Por último me penetró con

sus largos dedos y me cogió con ellos hasta que lo agarré del cuello y lo atraje hacía mis labios, y nos besamos mientras me tocaba y me *derretí* por completo en su mano.

Él había conquistado el territorio de mi cuerpo.

II. La princesa barbuda

¿Quién diría que en una aplicación para citas gay, una infiltrada mujer cis-género conocería a una princesa barbuda?

Yo en ese momento entraba a la app de citas, que es principalmente orientada al público Gay, pero donde también entran personas como yo, con otras orientaciones o identidades. *Lxs otrxs* de los *otrxs*. Cabe aclarar que en esa época no había muchas aplicaciones con perspectiva de género así que había que ingeniárselas.

Estaba tras la máscara (elijo esta palabra porque el logo de esta aplicación es una máscara amarilla, que tiene que ver con el anonimato muy usual en el mundo *homosensual*), decía, mi máscara “mujer cis género, versátil, me gusta el pegging. Con lugar”. Aunque no me gustaba del todo usaba la categoría de mujer-cis para que no haya malos entendidos.

Me habló. Una persona con el cabello largo color rosado, rasgos finos, barba y lentes. Su perfil decía que solo buscaba “mimos y abrazos”. Razón que me desconcertaba un poco pero también me intrigaba.

Tuvimos una conversación muy interesante sobre lingüística, lenguas naturales, lenguajes artificiales,

estudiaba programación y yo profesorado de lengua y literatura. Me resultaba hasta poético hallar un tema de conversación así en una app de citas donde en dos mensajes ya estás arreglando en donde encontrarte para meterla o que te la metan, si te gusta lamer anos, si ofrecés drogas o si tenés experiencia en *fisting*.

Yo no era tímida pero a veces me gustaba adaptarme y ver a dónde me llevaba la charla. A esta persona le gustaba mucho generar, se podría decir, un marco o un "contexto" en la conversación antes de lanzar alguna pregunta o comentario subido de tono. Esto último desencajaba por completo con su personalidad, no había nada que te hiciera sospechar de este jueguito de tirar la bomba en el momento menos pensado, cuando ya habías resignado cualquier intento de tener una conversación *hot*. Segunda razón que me desconcertaba.

A pesar de la picardía, incluso cuando el chat se ponía picante, no dejaba de presenciar cierta dulzura y ternura. No podía creer lo que estaba pasando, alguien salido del sub mundo de la app esa siendo así. Tercera razón.

Me intrigaba si en persona sería de la misma forma así que quise tener una cita. YO que siempre prefería ir directo *al grano*, y me parecía una *pérdida de tiempo* tener citas. Las tenía solo en caso de que mis acompañantes lo consideraran un *requisito* por desconfianza (recordemos lo del anonimato), cosa que me había pasado algunas veces con chicos más jovencitos que yo.

Debido a la distancia, lo conveniente, si se hacía muy tarde o *teníamos ganas de irnos a la cama* era que se quedara a dormir en mi departamento. El encuentro iba a ser en mi ciudad.

Cara a cara me pareció una persona totalmente acorde a lo que esperaba: suave y dulce, por más que sea reiterativa, no hay muchas palabras para describir su forma de ser, y era tal y como era por chat. Sentí alivio y alegría por esto así que fuimos a tomar algo y charlamos.

No podía parar de observarle: tenía toda la feminidad que yo no tenía (no actuada, no exagerada): desde sus gestos a su voz grave pero entonada muy suave, sus uñas pintadas, un perfume que no pude identificar a qué era, sus largos cabellos rosados que parecían de cuento de hadas. A mis ojos era una princesa vestida de hombre, con un poco de barba, aunque lo único que le "detalaba" a lo lejos era su largo pelo color chicle.

La conversación no fluyó tanto como esperaba, pero tampoco me molestaba el silencio, lo sentía natural, como no me pasaba con muchas personas. Me sentía cómoda, tanto que no me di cuenta cuándo fue que posó su mano sobre la mía. La acarició con delicadeza y a su vez me dirigió una sonrisa encantadora. Otra vez esa sensación de tener en frente a una persona salida de una película de princesas donde el romance se teje a través de pequeños gestos entre los protagonistas, y no se besan hasta el final de la película. Igualmente, no estábamos en una de esas películas y lo comprobé cuando dimos por entendido que venía conmigo a casa.
A mi cama.

Caminamos de la mano hasta la parada de colectivo. Me llevaba unas cuantas cabezas y me costaba no querer colgarme de sus amplios hombros y llenarle de besos.

Apenas entramos nos besamos y nos desvestimos con apurado deseo. No pensaba que de tanta suavidad y ternura pudiera venir tanta pasión. Me cedía el mando de la situación en todo momento, lo cual era muy excitante.

Además de que me sobrepasaba mucho en altura su cuerpo era el doble que el mío en cuanto a contextura, sus piernas larguísimas y enormes, al igual que sus caderas. Sus nalgas una delicia, no me despegué de ellas en ningún momento, no podía apartar ni mis manos, ni mi boca ni mis labios, luego tampoco mi pelvis hambrienta, que se frotó sin piedad en ellas. Lo único que lamenté, es que debido a la diferencia de altura, tenía su boca demasiado lejos, así que me tocaba besarle todo el cuerpo, enredarme en este y su calidez. No tardé mucho en humedecerlo, completamente empapado de mi éxtasis.

Nos acurrucamos en la cama durante un rato, mientras me recuperaba. No sabía si sacar el tema o no, pero algo no estaba del todo claro.

No se había excitado en ningún momento y como no dio indicios de querer que estimulemos esa parte de su cuerpo tampoco tomé iniciativa. Me sentía mal por no haberle contribuido el mismo placer que me había dado a mí.

Entonces sentí su dolor. Escondió la cara en mi pecho y me abrazó con mucha fuerza, sin decir nada. Le acaricié la cabeza y deposité delicados besos en sus rosados cabellos. Posó su mirada sobre la mía y me besó, temblorose.

Luego de un rato de mimos, nos levantamos y nos empezamos a

maquillar. Nos pintamos las uñas entre risas y besos. También le presté algunas prendas mías para que se probara, en específico una falda mía que se la puso y le quedaba espectacular. Tenía unas caderas y unas nalgas hermosas. Me dieron ganas de comérmelas. Se parecía cada vez a la princesa que yo le atribuía.

Entonces se puso serie y me dijo a modo de disculpa que no solía tener erecciones en los encuentros sexuales, suponía que por la disforia que le generaba su genitalidad.

Sobresaltada le dije que no era necesario que se disculpara, al contrario, que era yo quien debía hacerlo por no preguntarle qué más podía hacer para darle placer, o que si no lo había también estaba bien para mí.

Me dedicó una tierna sonrisa y me dijo que tampoco había hecho los *preparativos* para la penetración (que era lo que realmente disfrutaba) porque no estaba segura, pero que para el próximo encuentro sí lo haría. Y besándole la frente y luego los labios, le dije que entendía y que me encantaba igual lo que había pasado, y que haríamos todo lo que quisiera, que lo importante era que nos sintamos bien y disfrutar. Disfrutarnos de todas las formas posibles.

Frente a todo pronóstico luego de una conversación tan íntima y delicada, me dejó en claro que era una persona con mucha pasión dentro de ella. No perdió la oportunidad de provocarme, y empezar otra acalorada ronda de caricias, de la lucha de nuestros cuerpos enredados, de sus nalgas contra mi vulva y mi clítoris punzante, ¡cómo hubiera deseado poder sentir todavía más! Adentrarme en su cuerpo.

Terminamos de franelear y fumamos. Había traído unas flores de su casa cultivadas artesanalmente. Me puso un disco de Pink Floyd y nos acostamos, me cubrió con su melena rosada, tan suave y perfumada. Me sentí en el cielo junto a su cálido cuerpo, su respiración suave y sus brazos rodeándome. A esta princesa solo le faltaba la corona.

III. La Mercury

Vino a mi casa y su look y su rostro me fascinaron: me hizo recordar a Freddy Mercury. Una versión feminizada, o sea, una versión trans, sin bigote (como la clásica imagen que suele evocarnos ese legendario nombre).

Me recordaba a la época moza de Queen, esa de cuando ya tenían un estilo definido, un estilo propio. El Freddy Joven tan atractivo y con cierto androgismo, bien glam. En cuanto a la chica que había venido a mi casa, sus rasgos eran realmente parecidos, la forma de sus ojos y su nariz, sus labios, su mentón. Incluso el estilo de su corte de pelo era igual. Además había venido vestida con cuero negro y borcegos.

En cuanto a su personalidad, también me atrapó enseguida: se mostró seria y muy segura de sí misma desde el principio. Entró a mi departamento con paso firme y se sentó, observándome. Yo estaba un poco nerviosa y hablaba sin parar a la par que acomodaba cosas, sin obtener respuesta.

Me angustié un poco, porque algo me decía que las chicas trans no solían tener sexo con mujeres cis, o no era algo que solía verse muy

seguido. Temí que se arrepintiera. Pero no.

Se levantó de golpe, aún en silencio y se paró al lado mío, lo que llamó mi atención y dejé de hacer lo que estaba haciendo (acomodando inútilmente unos almohadones) para encararla. Nuestras miradas conectaron y me encajó un beso. Directo, mordaz, un poco violento. Entrelazó sus manos con mi pelo y yo rodeé su cintura con mis brazos. Toda inseguridad o miedo se había esfumado dando paso a un gran y poderoso deseo.

Nos besamos largo rato ahí paradas, hasta que caí en cuenta de que ya no había más preámbulos, y quería avanzar. Empecé a quitarme la ropa interior por debajo del vestido, y me devoraba el cuello y los pechos mientras lo hacía. Su boca ardía contra mi piel, me estremecía de pies a cabeza. Me empujó lentamente hacia la cama a la vez que metía su mano dentro de mi vestido para acariciarme la vulva.

Eso me sacó y la empujé hacia la cama, dónde cayó de espaldas con las piernas abiertas y un notorio bulto. Sonreí satisfecha, estábamos en la misma.

Le acaricié las piernas forradas de medias semi transparentes negras hasta llegar a la falda, donde metí la mano para tocarla, mientras me mordía el labio. Detesté la ropa que separaba esa piel de mi lengua, pero eso podía esperar, así que me senté sobre aquél espectáculo para rozarlo con mi palpitante vulva.

Ella me acarició las piernas y el culo, clavó sus dedos en él y me apretó contra su erección. Empecé a mover mis caderas de adelante hacia atrás. Logré arrebatarme un par de quejidos y sentir cómo se removía abajo mío.

Entonces me detuvo y me dijo, es decir, me *ordenó* que me quitará toda la ropa, (lo poco que quedaba) y me acostara boca arriba en la cama. Se quitó los pesados borcegos.

Cumplí las órdenes una a una. Recostada en la cama me abrí de piernas para recibir las caricias de su lengua caliente y húmeda en mi clítoris. Me devoró durante un buen rato mientras me sostenía con mucha fuerza las piernas restringiendo mis movimientos, lo cual lo hacía más excitante.

Luego se incorporó y sin sacarse ni una prenda, corrió su ropa interior y sacó su enorme verga. Se trepó en mi cuerpo y colocó sus rodillas a cada lado de mi cabeza, acercó a mi boca su pija y me la hizo tragar. Sentí cómo creció y se endureció mientras me la metía hasta la garganta lo más que podía. Me hacía sentir tan bien tener la boca llena, sentirme sometida de esa forma. Le pedí que me cogiera la boca y así lo hizo, de forma brusca. Por momentos me asfixiaba y yo no podía dejar de lagrimear, pero me calentaba demasiado. Me estallaba el clítoris.

Se separó y me indicó que abriera el preservativo mientras se deshacía de su ropa.

Se lo colocó y se acomodó entre mis piernas, me rozó la punta de la pija en el clítoris y en los labios vaginales, muy húmedos ya por la excitación que tenía. Sentí mucho placer con sus roces, así que gemí como loca, y peor cuando por fin estuvo adentro mío.

La tenía muy grande y me sentí dolorosamente llena, llenísima. Sentía que me iba a partir en dos, pero también que *necesitaba* que me cogiera.

El primer movimiento dentro mío fue lento, cosa que agradecí, y los siguientes también hasta que fue subiendo el ritmo. Le encantaba entrar y salir por completo de mi vagina lentamente.

Cuando ya lo estaba disfrutando empezó a bombear más rápido y duro, haciendo que el dolor volviera. Afortunadamente soy masoquista, y sentir como empujaba dentro de mí con fuerza pronto me hizo delirar de goce.

No tardó mucho en estallar de placer, acabando adentro mío con el forro puesto. Cómo era de los ultrafinos, sentí esa oleada de calor de cuando se llena el forro de semen, la leche recién *ordeñada*. Yo había mojado la cama de una forma catastrófica.

Se recostó a mi lado en la cama esquivando lo mojado y descansamos unos minutos recuperando el aliento. En ese momento sí conversamos, ya se había roto el hielo entre nosotras y de la manera más candente.

No le dije lo que pensaba sobre su apariencia (que se parecía a Freddy) y jamás lo haría, porque no sabía si le iba a caer bien compararla con un hombre. Pero a mí me parecía una coincidencia hermosa.

Aproveché el contacto físico que se dio en la cama para explorarla con caricias. Ella me miraba un poco divertida de mi exploración pero no incómoda ni reacia.

Su cuerpo y el mío eran muy diferentes, yo era el doble de ancho que ella. En altura apenas me sobrepasaba, pero sí tenía piernas más largas y esbeltas. Toda su piel era tersa y lisa, todo lo contrario a la mía, adornada con sus pequeñas tetillas color café y rastros de vello corporal recién afeitado.

Elogié sus nalgas y se mostró realmente sorprendida. ¿Acaso nadie se lo había dicho? Y elogíé otras cosas que me gustaban de su físico, como su cabello, sus ojos, sus labios. ¡Me dijo que no estaba para nada de acuerdo con lo que yo le decía! Dijo detestar no poder maquillarse y no poder depilarse mejor, pues no estaba haciendo el tratamiento hormonal. Le repetí que me parecía bellísima. *Para que no te olvides*, le dije.

Este momento de breve intimidad y coquetería se convirtió en una sesión de besos, al principio, suaves y luego, desaforados.

El segundo *round* empezó conmigo bajando a su entrepierna de nuevo, pero esta vez de rodillas en el piso. Me encantaba sentirme así de sometida. Empujó con rudeza una y otra vez contra mi garganta, agarrándome fuerte del pelo.

¿Así te gusta, no? me preguntaba, sabiendo que yo no podía contestarle.

¿Te gusta que no te deje respirar? preguntaba cada vez que presionaba durante varios segundos contra mi garganta.

Gemía con lágrimas rodando por mi mejilla. Quería tocarme urgentemente, pero no podía, tenía las manos por instinto agarrando las muñecas de ella cada vez que me asfixiaba. Luego me puso contra la pared, de espaldas a ella, y me dio unas fuertes nalgadas. Gemí de dolor y excitación.

¿Así que también te gusta que te fajen? recalcó pero no me dio tiempo de contestar porque clavó sus dedos en mi nuca y me estampó la cara contra la pared. Me estallaba la vulva de tanta excitación. Respondí como pude y sentí como rozaba su pene

mi espalda, y luego hacia mis nalgas calientes y doloridas.

Ponemela, por favor, no aguanto más, le supliqué temblando de la calentura que tenía.

Se rio y me soltó para ponerse el forro. Aún contra la pared, me sostuvo por la cintura y me penetró. Otra vez el escozor, ya estaba irritada del *round* anterior. Pegué un gemido delator y ella me acomodó para que entrara mejor y más fácilmente. Me dio contra la pared un buen rato, mientras me agarraba con fuerza las caderas, clavándome las uñas, y me devoraba el cuello y la oreja. No podía parar de gemir del placer, y empecé a sentir el líquido caliente cayendo por la pierna hasta empaparme los dedos del pie. Cuando ella sintió que le acababa la pija se calentó más y empezó a darme con más furia, bufando como un animal. Entonces se me ocurrió algo, y en un impulso le pedí que antes de llegar al clímax se sacara el forro y me acabara en las nalgas.

Las últimas embestidas antes de acabar fueron brutales, deliciosas para mí. La imagen de mis enormes nalgas rojas por las nalgadas, coronadas por las marcas que habían dejado sus uñas más arriba en la cadera, y regadas del líquido espeso blanquecino es una imagen difícil de olvidar. También la del piso de mi habitación con un gran charco.

IV. Lx duende patagónicx

Anteriormente dije que no escribiría relatos fantásticos, pero creo que es importante mencionar las visitas diurnas de lx pequeñx duende. Provenía de las estepas patagónicas,

había venido a la ciudad en busca de nuevas aventuras.

Venía dos horas a verme dónde cogíamos sin parar y después se iba. Ocurría en la hora de la siesta, igual que la leyenda del Pomberito. La hora muerta en cualquier sitio alejado de las grandes ciudades, esa en la que es mejor quedarse en casa.

Estx elfx (otra palabra para hablar de duendes) era flaquitx, de contextura muy menuda, es decir, bajitx y de mucha delgadez. Cabellos largos hasta la cola y una cara preciosa con unos ojos oscuros saltones, leve maquillaje, tatuajes en todo el cuerpo y las uñas pintadas. Tenía un aspecto entre femenino y masculino, como lxs elfxs de las películas. Tal vez por eso era que tenía un inmenso amor por los bosques, los hongos, las plantas en general y los animales, que solía ser un tema recurrente en sus tatuajes.

En general tenía un aire rabioso, inquieto, gruñón y era de pocas palabras.

Ese porte solo cambiaba cuando se entregaba a mis caricias, y pasaba a ser complaciente y pasional, sin perder esa gran energía que denotaba.

Me encantaban sus besos hambrientos y que apenas entraba a mi casa ya la tenía durísima. Nos comíamos la boca y nos desvestíamos apuradxs, ansiosxs del cuerpo del otrx.

Me gustaba devorarme su pija, empujar hasta lo más hondo de mi garganta para sentir que me iba a estallar ahí mismo, y terminaba con los ojos enrojecidos por la asfixia. Cada vez que yo hacía algo un poco descabellado (o masoquista mejor dicho) reía entre dientes, un poco sorprendidx.

Pero nunca me dejaba llegar hasta el final con la boca, cuando ya no aguantaba más, me ponía en cuatro y me penetraba salvajemente.

Su cuerpo era todo lo contrario al mío: gordo y enorme al lado suyo. Sus manitas se sostenían de mi cuerpo de una forma muy adorable, pero aun así, me bombeaba con todas sus fuerzas, hasta que acababa y se quedaba sin una gota de aire.

Entonces llenaba de aire sus pulmones y me devoraba el clítoris para hacerme acabar también. Su carita se hundía entre mis piernas y mi panza, y lo perdía de vista.

Luego de descansar un rato, en silencio casi siempre, me tocaba estar dentro. Devolverle las caricias por dentro que me había dado.

Primero le besaba, otra vez fundida en sus labios, de los que me costaba despegarme. Luego le besaba todo el cuerpo, desde el cuello hasta la pelvis, saboreando cada centímetro de su piel.

Mirándole a los ojos le chupaba la pija para que estuviera bien erecta, y luego le empezaba a dilatar el ano: con caricias suaves al principio y mucho lubricante. Me sorprendía lo fácil que se abría para mí y lo suave que se sentía. Me excitaba mucho sentir cuando sus músculos aprisionaban mis dedos, al principio de forma involuntaria, luego de forma intencional.

Cuando ya podía meter dos o tres dedos, no le hacía esperar mucho para penetrarlo con alguno de mis juguetes.

Su favorito era el que tenía dos cabezas: una para el ano y otra más pequeña para la zona perianal.

Además y lo más interesante era que vibraba.

Este juguete le envolvía en locura, le encantaba. Se retorció y gemía como loco. Alzaba las piernas abriéndose más para mí, y me miraba con esos enormes ojos oscuros, llenos de lujuria.

Me fascinaba, me daban ganas de que mi lengua fuera más larga para poder meterla tan adentro como el juguete. La vibración en la zona perianal, que le proveía de forma intermitente, le hacía delirar.

Entonces aprendí cómo llevarle hasta el punto más placentero de nuestro encuentro: mientras le vibraba el juguete en el culo, me tragaba su pija. Me la metía hasta el fondo de la garganta una y otra vez al mismo tiempo que le penetraba con más rudeza. Sus gemidos sonaban cada vez más altos y sus manos apretaban fuertemente mi cabeza. No duraba mucho tiempo sin llenarme la boca de sus fluidos.

Me pregunté si el semen de esta criatura tendría alguna cualidad mágica, y esperaba que cada día en la hora de la siesta apareciera para beber de él.

Lei Heitzler (27 años), oriundx de la ciudad de Quilmes, en Gran Buenos Aires. Estudiante de la Universidad Nacional de La Plata de la carrera de Profesorado en Letras. Se dedica a la docencia.

Esta selección de relatos cuenta muchas de sus experiencias juveniles habitando el cuerpo de una mujer que no se termina de hallar en la cisgeneridad y abiertamente pansexual.

Instagram @lei.heitzler



Se terminó de imprimir en algún
momento de la historia en el Taller
de Ediciones Frenéticxs Danzantes